



Domíngo de Ramos 2010

Jesús se dirige a Jerusalén una vez más para celebrar la Pascua, como lo hacen cada año miles de judíos peregrinos de todos los lugares. Pero en esta ocasión es recibido por sus discípulos de forma solemne y distinta. Es aclamado abiertamente como el Mesías que viene como rey en nombre del Señor a instaurar el reino de David. Y, en esta ocasión, Jesús no se opone a esta aclamación; consiente e incluso manifiesta, ante la petición de silencio de los fariseos, que esa aclamación es necesaria; responde al plan de Dios de tal manera que si los discípulos callaran gritarían las piedras. Se trata, pues, de un acontecimiento de significado central y único en el cumplimiento de la misión que Jesús ha recibido del Padre.

El desarrollo posterior de los acontecimientos mostrará que esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén inicia la culminación de su misión de anuncio e instauración del Reino de Dios, que no se identifica con el reino de David. Esta diferencia se va mostrar esencial y determinante. La narración de la entrada en Jerusalén en los Evangelios de Mateo (21, 9) y Marcos expresa la esperanza de los discípulos en la restauración del reino de David: “*¡Bendito el reino que viene, el de nuestro padre David!*”, leemos en el relato de Marcos (11,10). Pero según los mismos evangelistas Mateo y Marcos, la predicación de Jesús comenzó anunciando no el reino de David, sino la llegada del Reino de Dios o del Reino de los cielos. Así lo refiere Marcos: “*Después que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. Decía: Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1, 14-15).

Esto indica ya que la culminación de la misión en Jerusalén la va a desarrollar Jesús en soledad y fidelidad al Padre, ante la incomprensión y el abandono de los discípulos, que no entienden cómo el reino de David puede instaurarse en la Cruz. Los discípulos anhelan algo nuevo, se han fiado de Jesús y le han seguido, e incluso le aman, pero todavía no se han identificado con su proyecto de Reino de Dios. Los discípulos están instalados en la ambigüedad. Lo mismo ocurre siempre que es interpretado el Evangelio del Reino de Dios en clave ideológica, en función de valores y bienes de este mundo, de carácter social, político o cultural; los anhelos y búsquedas chocan con el escándalo no asumible de la cruz. Y así, al final, siempre se queda Jesús solo, en fidelidad al Padre; y su Evangelio está por comprender y estrenar. El reino del hombre autónomo y el reino del Hijo de Dios, fiel y obediente a la voluntad del Padre, se desconocen; y el reino de Dios puede llegar a sufrir violencia. Los llamados al Reino de Dios necesitamos que las enseñanzas de la pasión de Jesús nos muestren el ejemplo su vida sumisa a la voluntad del Padre.



Jesús llega a Jerusalén a celebrar la gran fiesta de la pascua de su pueblo, el pequeño pueblo amado y elegido de Dios. Por esta fiesta pascual se vincula a la historia de Israel liberado de Egipto y conducido a través del Mar Rojo por el desierto hasta el monte de la Alianza. Pero Jesús no viene como tantos otros peregrinos desde un lugar o país en que habita el pueblo judío.

Jesús llega a Jerusalén como peregrino que procede del “seno del Padre” y que, ungido por el Espíritu de Dios, ha recorrido los caminos de Galilea y Judea para darnos a conocer al Padre e invitarnos a acoger su Reino. Este peregrino no es de este mundo; ha sido acreditado por el testimonio del Padre como su Hijo único y viene a Jerusalén a culminar su misión con la vuelta al Padre. Así lo dice Jesús mismo en el Evangelio de Juan: “*Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre*” (Jn 16, 28). Y no vuelve al Padre él solo; va a prepararnos un lugar para que donde él va a estar, estemos también con él sus discípulos (Jn 14, 1-3). Esta es la nueva y definitiva Pascua que Jesús viene a celebrar e instaurar como fiesta permanente para nosotros, que no pertenecemos al mundo (Jn 17, 14-16) y hemos sido amados por él hasta el extremo, según el testimonio de Juan: “*Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.*” (Jn 13, 1).

Con estos sentimientos se sentó a la mesa para comer la pascua con sus discípulos. Y en esta cena instauró de forma anticipada su pascua nueva; sustituyó la comida del cordero pascual por la comida de su propia carne entregada a la muerte en la cruz para el perdón de los pecados. Con su sangre selló la alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres (Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 14-20). Y mandó hacer en su memoria lo que él acababa de hacer, pues, como explica el apóstol Pablo, “*siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él vuelva*” (1 Cor 11, 26).

La pascua de la nueva alianza con Dios la instituye Jesús con su propio sacrificio en la cruz como “*Cordero de Dios*” (Jn 1,36). Jesús es el nuevo cordero pascual “*sin mancha y sin tacha*” (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha “*adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra*” (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: “*Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado*” (1 Cor 5, 7).

La muerte de Cristo es el **sacrificio de sí mismo como cordero pascual** que quita el pecado del mundo. Y este sacrificio es ofrecido por **Jesús como sumo sacerdote fiel a Dios**, que ha cumplido su voluntad y se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio perfecto de una vez para siempre: con su propia sangre nos ha alcanzado la redención eterna y nos ha consagrado a Dios. Por eso, Cristo es el mediador de la nueva alianza, según explica la carta a los Hebreos.



La pasión y muerte de Jesús en la cruz, que hoy nos ha sido proclamada, es la primera y necesaria etapa de su camino pascual hacia la gloria del Padre, en el que estamos llamados a seguirle. Así lo testimonia el Evangelio de Juan: *“Jesús dijo: Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces produce fruto abundante. Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna. Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre.”* (Jn 12, 23-26).

La muerte de Jesús no fue fruto del azar ni de unas determinadas circunstancias. Jesús fue entregado según el plan de Dios (cf Hech 2, 23); y él mismo aceptó libremente su muerte por amor al Padre: *“Nadie me quita la vida; yo la doy libremente”* (Jn 10,18).

Por esta libertad de la entrega, la cruz de Jesús es la demostración de su amor obediente al Padre, según su propia afirmación: *“El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado”* (Jn 14,31). E igualmente de su amor a los hombres *“hasta el extremo”* (Jn 13,1), porque *“nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos”*(Jn 15,13). **E igualmente libre es la demostración del amor de Dios al mundo en la cruz de su Hijo** (cf Jn 3,16). Dios *“nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 10); es decir, *“en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo”* (2 Cor 5, 19). Así pues, Dios manifestó su designio de amor a nosotros al entregar a su Hijo por nuestros pecados: *“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”* (Rom 5, 8). En efecto, *“Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a dar la vida junto con Cristo – ¡por pura gracia estáis salvados!-, nos resucitó y nos sentó junto con él en el cielo”* (Ef 2, 4-6).

A esta experiencia de fe y a esta comunión de amor debe llevarnos hoy y durante la Semana Santa la meditación serena de la pasión de nuestro Señor Jesucristo. El profundo significado de cada uno de los ejemplos y enseñanzas del Señor en su pasión ha sido expresado por Pablo en admirable síntesis en el himno de la carta a los Filipenses. Allí nos ha propuesto el apóstol como modelo permanente de vida la forma de actuar de Jesús, el cual: *“siendo de condición divina... se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo,... Y así,... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble... y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”* (Filp 2, 6-11).